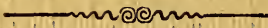


LO INEVITABLE



CUADRO DE COSTUMBRES EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

D. Mariano Golobardas de la Torre

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL
TEATRO DE MELILLA LA NOCHE DEL 18 DE MARZO 1911



MELILLA
Imp. de "El Telegrama del Rif"

1911

LO INEVITABLE



CUADRO DE COSTUMBRES EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

D. Mariano Golobardas de la Torre

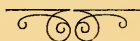
ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL
TEATRO DE MELILLA LA NOCHE DEL 18 DE MARZO 1911



MELILLA
Imp. de "El Telegrama del Rif"
1911

*A los notabilísimos actores Doña María
Guerrero y Don Fernando Díaz de
Mendoza, en prueba de admiración.*

El Autor.



PERSONAJES

ACTRICES

CELIA Sra. Victorero
NIKA. Srta. Lombero
SOFÍA. Sra. Garzón
NINI Srta. Montosa
CONCHA. . . . Srta. Abienzo
KETTI Sra. Gimenez
CAMARERA . Srta. Montosa (C.)

ACTORES

LUCIANO. . Sr. Nogueras
VERDEROL. „ Carmona
CERVERA . „ Miquel
MARIO. . . „ Espantaleón (h.)
PEPE . . . „ Castaños
PEDRO. . . „ Espantaleón
GONZALITO „ Castaños (A.)
FRANCISCO „ Ceballos
CRIADO . . „ Madero
CAMARERO „ Basilio



ACTO 1.º

(El escenario representa el salón de una suntuosa casa, una puerta en el fondo y dos laterales, sillones, mesitas y un piano á la derecha y en el fondo).

PERSONAJES

CELIA.
NINI.
SOFÍA.
CONCHA.

LUCIANO.
VERDEROL.
CERVERA.
MARIO (Teniente de Inf.^a)
PEPE.
PEDRO.
CRIADO.

ESCENA I.

(CELIA Y NINI)

(NINI está tocando en el piano un vals lento y CELIA la escucha recostada en un sillón en el extremo opuesto del salón).

CELIA. ¡Qué precioso vals!
NINI. Tiene un compás delicioso.
CELIA. No lo conocía.
NINI. *(Deteniéndose un momento y volviendo unas hojas).* Fíjate en esta parte. *(Toca).*
CELIA. *(Escucha silenciosa).* Muy bonito... mira... Nini, no sigas.
NINI. ¿Por qué? *(Levantándose y viniendo á sentarse á su lado).*
CELIA. ¿No te reirás de mí?
NINI. ¡Qué tontería!

CELIA. Ya sé que pensarás que soy una romántica, una cursi, pero no lo puedo remediar; ese vals, sin saber por qué, me impresiona y al mismo tiempo que me gusta me hace sentir algo así desagradable.

NINI. Tiene gracia.

CELIA. A tí no te hacen sentir estas cosas porque no sufres; nada te preocupa.

NINI. Já, já, já, ¿te me vas á poner tonta ahora? Tu terrible pena consiste en que quieres á un hombre, y te consta que el te quiere también y anda por esos mundos de Dios bebiéndose los vientos detrás de tí.

CELIA. No me consta.

NINI. Pero lo sabes; te lo ha dicho.

CELIA. ¡Es tan difícil conocer á los hombres!... Pero no, aunque así fuese; no, no y mil veces no... no puede ser.

NINI. ¿Por la oposición de tu madre? valiente cosa si tú le quieres—doce novios formales he tenido y ninguno ha sido á gusto de mi madre.

CELIA. Poco me importaría eso; á mi madre todo le parece poco para mí, ella no tiene otra mira que la del dinero—pero para qué hablar de eso. No es la oposición de mi madre el obstáculo que nos separa, hay algo peor; está por medio mi dignidad.

NINI. ¿Dignidad, dijiste, habiendo cariño? tonterías, Celia, tonterías. Comprendo que te moleste pensar que pretendió á otras cuando parecía insinuarse contigo.

CELIA. No es solo eso.

NINI. Su vida pasada... ¡Bah!

CELIA. Imposible, no puedo.

NINI. No consideres las cosas bajo este aspecto; los hombres son muy especiales, todo eso pasó; ahora está formal, y parece decidido; debes olvidarlo todo: quien quiere perdona.

CELIA. Perdonarle, nunca, y te suplico que no hablemos más de este asunto pues me molesta. No quiero verle nunca más, ni oírle, ni saber que existe. *(Se levanta rápidamente y se va á arreglar el pelo frente á un espejo).*

NINI. Está bien, está bien. ¿Estuviste anoche en el estreno?

CELIA. *(Secamente).* Sí.

NINI. ¿Había mucha gente?

.

CELIA. No—digo, sí. (*Nerviosa*).

NINI. ¡Hija, qué nervios—te pones imposible!

CELIA. (*Sentándose de nuevo*). Si le hubieses visto en el teatro, qué arrogante. Sí, yo quisiera perdonarle, cuando le veo; mientras le escucho le perdono, sí.—Cuando me habló el otro día con aquella formalidad sonaban sus palabras en mis oídos como música divina, yo quería contestarle y no podía, quería decirle que le adoraba con toda mi alma pero se trababan mis palabras y sentía una angustia y una emoción que me impedían hablar—yo le escuchaba con delicia y me sentía como hipnotizada por su mirada. Pero cuando se separó de mi lado, cuando recordé el pasado y vi su proceder incalificable, cuando le recordé jugando tan cruelmente con la ilusión de toda mi vida, sentí abrirse de par en par la herida de mi amor propio y sé que sentía por él algo muy grande, sí, pero te juro que llegué á dudar si lo que sentía era odio, ó era cariño. No puedo decirle que le quiero aunque le quiera y debo despreciarle aunque le adore; necesito tener la satisfacción de vengarme, de verle sufrir, de verle suplicar, insistir mucho, mucho.

NINI. Qué especial eres.

CELIA. Ni puedo, ni debo hacerle caso. (*Lleva el pañuelo á los ojos, en este momento entran LUCIANO y SOFÍA*).

NINI. ¡Celia!, tu madre.

CELIA. (*Esconde rápidamente el pañuelo*). Sí, muy bien los coros—la tiple buena—buena.

ESCENA II.

LUCIANO, SOFÍA, CELIA, NINI

LUCIANO. ¡Buena!, ya lo creo, buenísima á pesar de sus cuarenta largos; ¡qué ojos, qué hombros, qué garganta, qué....

NINI. Já, já, já.

SOFÍA. Cuidadito, Luciano.

LUCIANO. Si digo garganta por no decir qué voz (*aparte*) Orillado (*dando media vuelta vase hacia el piano y se pone á mirar los papeles de música*).

SOFÍA. (*A Celia*). ¿Qué te pasa, Celia?

CELIA. Nada, mamá, una motita que se me ha metido en este ojo (*se frota con el pañuelo*).

- SOFÍA. *(Con ironía y molesta).* Una motita—ó un uniforme *(va á sentarse al otro extremo).*
- CELIA. *(Aparte).* ¡Dios mío! Siempre lo mismo.
- NINI. Si, es verdad, hace rato que está molesta con eso.
- LUCIANO. Oye, Celia *(levantando un papel de música)* ¿qué pinta aquí este cocodrilo?
- CELIA. No es un cocodrilo, tío, es el dragón de Sigfrido.
- LUCIANO. *(Tirando el papel sobre el piano).* Vaya un socio.
- NINI. ¿V. toca el piano?
- LUCIANO. No, Nini, yo no toco nada, y dicen que si toco algo lo estropeo. Soy muy bruto y eso de las notas no se ha hecho para mí; nunca he conocido más notas que una hermosa colección de suspensos que me largaron en el primer año de medicina, cosa que no me ha apurado nunca pues yo no seré médico, pero, gracias á Dios, digiero bien, fumo bien, duermo bien, etcetera, etcetera, etcetera.
- SOFÍA. Si, porque tus padres se cuidaron de que no te faltara dinero para todo eso, que si no tuvieras que digerir más que lo que ganases con el sudor de tu frente...
- LUCIANO. Mira, Sofía, aparte de que á mí no me suda nunca la frente, te diré que lo mismo les sucederá á tus hijos el día de mañana; mis padres se preocuparon por mí y yo se lo agradezco; tú te preocupas por ellos y ellos te lo agradecerán también, y en cuanto á lo que á mí corresponde no los tengo; yo soy hijo de mí mismo porque yo mismo me he hecho tal como soy, por lo tanto procuro tratarme con cariño, y el día que no haga pío y en pulveris te reventeris, como dicen en cuaresma, con una cajita á medida y unas misas, orillado.
- SOFÍA. ¡Qué barbaridades!
- CELIA. Eres un egoistón, debías casarte.
- NINI. Si, que se le está pasando á V. la edad.
- LUCIANO. Pasada del todo, Nini; casarme, nunca, yo mismo no puedo aguantarme muchas veces á pesar de la benevolencia que me tengo; figúrese V. lo que le pasaría á una persona extraña.
- SOFÍA. ¿Sabes lo que pienso?
- LUCIANO. ¿Qué?
- SOFÍA. Pues que parece mentira que seas hermano de tu hermano.
- LUCIANO. Tienes mucha razón, el pobre Juan que en paz descansa no tenía otro ideal que el que tienes tú,

sacrificarse para atesorar, y yo agradezco infinito que hayan atesorado para no sacrificarme.

SOFÍA. ¡Qué disparate! ¡qué teorías!

LUCIANO. Cada cual tiene las suyas.

SOFÍA. Tengo hijos (*indignada*).

LUCIANO. Eso es lo único que te disculpa, pero siempre los extremos son viciosos y no debe nunca confundirse el sacrificio de los padres por el bienestar de los hijos, con el sacrificio impuesto á los hijos por los padres por el solo homenaje al Dios del oro.

SOFÍA. (*Nerviosa*). Celia, vete á arreglar que no tardará en venir gente.

CELIA. Voy, mamá (*levantándose*). Nini, ¿vienes?

NINI. Sí (*se levanta también y vanse las dos*).

ESCENA III.

SOFÍA Y LUCIANO

SOFÍA. (*Indignada y levantándose*). Qué especial eres; siempre entablas estas discusiones delante de Celia y ya comprenderás que me molesta y me disgusta muchísimo.

LUCIANO. Sí, lo comprendo, pero ya sabes cómo soy; yo no me fijo en detalles, tal como pienso las cosas las voy soltando y orillado.

SOFÍA. Pues nada de orillado ni mucho menos.

LUCIANO. Bueno, Sofía, no te enfades,—yo, como tú sabes muy bien, quiero mucho á Celia, por algo es hija de un hermano mío, y francamente me dá una pena horrible ver á esa pobre criatura enamorada como una tonta, y sufriendo horrores por tu manera de apreciar las cosas.

SOFÍA. Como madre debo de preocuparme por su felicidad y por su porvenir.

LUCIANO. Pues por lo mismo debías dejarla en completa libertad y que se case si quiere con ese Mario, que al fin y al cabo es un muchacho de carrera y simpático.

SOFÍA. De ninguna manera, no puedo consentirlo, yo tengo la obligación de ocuparme de mi hija y no creas que me ciega el amor de madre al decirte que ocasiones de hacer una boda brillante le sobran; ahora mismo, si ella quisiera podía casarse con ese muchacho José María Verderol que es un chico correcto.

LUCIANO. (Con guasa). ¡Oh!

SOFÍA. Instruído.

LUCIANO. ¡Ooh!

SOFÍA. Y de una posición brillantísima.

LUCIANO. Por ahí debías haber empezado.

SOFÍA. (Indignada) O acabado, pues no faltaría más; le aconsejaré, si te parece, que no le haga caso, y en cambio le diré: anda, hijita, cástate con ese tenientecillo, que derrocha lo poco que tiene y se las echa de Tenorio.

LUCIANO. Sí, sí, por lo visto es un criminal.

SOFÍA. No será un criminal, pero un informal y un perdido sí que lo es.

LUCIANO. Orillado, orillado, ya veo que no nos entendemos. Tú llamas informal y perdido al hombre que ha vivido, que puede haber hecho alguna calaverada de muchacho y que al final se rinde al cariño que un ángel le inspira presentándose humilde y serio, dispuesto á hacer la felicidad de tu hija. Y en cambio te parece una solución hermosa ese José María, pájaro ó como se llame, que según mis noticias es un perfecto majadero y de conducta mucho más sospechosa todavía.

SOFÍA. (Indignada). Calumnias, calumnias, eso es envidia.

LUCIANO. Como tú quieras, pero ni ha servido nunca para nada ni servirá, y seguramente te parecería muy mal si no olera á gasolina de automóvil y te deslumbrara con su dinero.

SOFÍA. Considero lo que es la vida y nada más.

LUCIANO. Pero la consideras bajo un prisma falso; no te ocupas de escarbar y ver el fondo, no buscas criterio, educación ni sentimientos elevados; oro, mucho oro. Así sois muchas de las madres del siglo veinte, verdugos inconscientes de vuestras hijas, que teneis cegados los ojos del alma por las monedas y por eso que llamais corazón de madre un billete de mil pesetas.

SOFÍA. Luciano, me insultas. Basta de explicaciones; mi hija hará en este asunto lo que yo quiera.

LUCIANO. Pues hará muy mal.

SOFÍA. Pues hará muy bien, y para que te conste es ella la que no quiere saber nada de ese Mario que tanto defiendes.

LUCIANO. No lo creo.

SOFÍA. Pues es; y ayer mismo me lo ha dicho y me ha

prometido decirle lo que corresponde al caso.
 LUCIANO. No lo creo tampoco.
 SOFÍA. Ya te he dicho antes que no hablemos más de este asunto, pues se perfectamente cual es mi papel.
 LUCIANO. Muy fané por cierto.
 SOFÍA. O muy digno.
 LUCIANO. Orillado, orillado.

ESCENA IV.

VERDEROL, SOFÍA, LUCIANO Y CRIADO

CRIADO. (*Asomándose á la puerta*). El señor de Verderol (*aparece éste*).
 LUCIANO. (*Poniéndose en pie*). ¡Qué facha! (*á Sofía*).
 SOFÍA. (*Bajito*). Por Díos, Luciano.
 VERDEROL. (*Saludando*). Señora...
 SOFÍA. Cuánto tiempo sin verle.
 VERDEROL. No tanto, señora; desde ayer.
 SOFÍA. Es verdad—pero su compañía nos es tan grata...
 VERDEROL. Gracias.
 LUCIANO. (*Tose con fuerza*).
 SOFÍA. ¡Luciano! — Nuestro íntimo amigo José María Verderol.—Mi cuñado.
 VERDEROL. Caballero.
 LUCIANO. Hola, pollo (*le estrecha la mano con fuerza*).
 VERDEROL. (*Aparte*). Qué bárbaro.
 SOFÍA. Siéntese, Verderol, siéntese. (*Verderol se sienta con ceremonia*). Deje el sombrero.
 VERDEROL. No me molesta.
 SOFÍA. Sí, déjelo.
 VERDEROL. (*Dejándolo sobre una silla*). Gracias (*pausa*).
 VERDEROL. ¿Qué noticias tienen VV. de Luisito?
 SOFÍA. Buenas, muchas gracias; recibimos ayer un telegrama de que había llegado bueno á París y suponemos que no tardará muchos días en salir para Bélgica á continuar sus estudios de ingeniero.
 VERDEROL. A mí me gustaría mucho hacer un viaje por Francia y Bélgica, pero como mamá no quiere que me separe de su lado...
 LUCIANO. (*Aparte*). ¡Pobrecito!
 SOFÍA. Es natural.
 LUCIANO. (*Con ironía*). Sí, muy natural.

.

- VERDEROL. ¿Y Celia?
- SOFÍA. Bien, gracias; no tardará en salir.
- VERDEROL. Está lindísima desde que la han puesto VV. de largo.
- SOFÍA. ¡Oh, no, es que la mira V. con muy buenos ojos!
- VERDEROL. Con éstos, señora, con éstos (*señalando los ojos*) ji, ji, con éstos.
- LUCIANO. Jiii, jii (*aparte*). De capirote.
- SOFÍA. No le haga V. caso; siempre está de buen humor.
- VERDEROL. Ji, ji, tiene gracia.
- LUCIANO. Gracias, pollo.
- VERDEROL. Pues sí, el otro día lo decían en casa la Marquesa de Lebreles: Ce ia Ruiz está preciosa, y lo decían las señoras; que cuando lo dicen los hombres puede ser cierto, pero si lo afirman las damas es seguro, es seguro.
- SOFÍA. Es V. muy galante.
- VERDEROL. No es galantería, es justicia (*pausa*).
- LUCIANO. Y que, ¿se divierte V. mucho, amigo Pasarón?
- VERDEROL. Pasarón no, Verderol.
- SOFÍA. Sí, el señor se llama Verderol.
- LUCIANO. Perdone V.
- VERDEROL. De nada,—pues sí, no se pasa mal; el otro día mismo nos reimos mucho; figúrese V. que la señora de Lima en el thé de la Marquesa, se nos presentó con un sombrero con lilas y unos lazos verdes; ¡qué cursilería! ji, ji.
- SOFÍA. (*Forzada*). Tiene gracia.
- LUCIANO. (*Con mucha guasa*). Mucha gracia ja, ja, ja.
- VERDEROL. Ji, ji.—Las fiestas con que nos obsequia esa señora están muy animadas (*con retintín*) gente no falta.
- LUCIANO. Será espléndido el buffet.
- VERDEROL. Magnífico, extraordinaire.
- LUCIANO. Entonces no me extraña.
- VERDEROL. Pero el conjunto es algo claqué.
- SOFÍA. Ya sospechaba yo que estaría algo cursi; por eso me excusé y no he hecho nunca uso de la invitación que me hizo la Marquesa.
- VERDEROL. Y tan cursi. Claro, como que compró el título no hace mucho tiempo, la sangre no se le ha azulado del todo todavía, y por más esfuerzos que hace por darle brillo, sus relaciones siempre resultaron algo deficientes.—Y á propósito, ¿saben ustedes cómo la llama ya todo el mundo? la idea es de Gonzalito Gómez Ríos y la traducción también,

- SOFÍA. ¿Como?
- VERDEROL. La Marquesa de le «pêle méle» que él traduce del medio pelo, y añade con mucha gracia: desconfiad de las imitaciones.
- SOFÍA. Qué gracioso ¡já! ¡já!
- LUCIANO. (*Aparte*). Buena lengüecita, buena.
- VERDEROL. Y que lo es por todos conceptos, pues aseguró Paco Vera que el otro día en pleno rigodón estornudó fuerte, y se le vino la peluca á las narices saliéndole por el cogote unos mechoncitos como los de un erizo.
- SOFÍA. ¡já! ¡já! ¡já!
- LUCIANO. Bá, bá, bá.

ESCENA V.

CELIA, NINI, SOFÍA, VERDEROL Y LUCIANO

- CELIA. (*Entrando con Nini*). Ya está ahí ese tonto.
- VERDEROL. (*Levantándose y adelantándose á saludarlas*). ¿Como está V. Celia?
- CELIA. Muy bien, muchas gracias, ¿y V?
- VERDEROL. Yo viéndola á V. estoy siempre bien — ji, ji. ¿Y Nini? (*saludándola*).
- NINI. Bien, gracias.
(*Forman un corro con Sofía, Verderol, Celia y Nini; Luciano se va al otro extremo en donde se pone á hojear unas revistas*).
-
- VERDEROL. Celia tan encantadora como siempre.
- CELIA. Gracias, gracias.
- VERDEROL. Y Nini tan lindísima.
- NINI. Gracias, gracias. (*Celia y Nini se miran y contienen la risa*). (*Pausa*).
- SOFÍA. Así me gusta, Verderol, que sea V. tan consecuen-
te; á ver si no nos falta ningún lunes á tomar el thé,
ya sabe V. que esto es íntimo y sin pretensiones,
pero la constancia es siempre el símbolo de la
buena amistad.—Celia siempre lo dice: Verderol
es uno de nuestros mejores amigos; ¿verdad, Celia?
- CELIA. (*Está distraída hablando en voz baja con Nini*).
(*Aparte*). ¿Qué dice?
- SOFÍA. ¿Verdad, Celia?
- CELIA. Sí, mamá.—(*Luciano tose con ironía*).
- SOFÍA. (*Aparte*). ¡Me consumo!

- VERDEROL. Yo tengo mucho gusto en venir, y aunque esta casa esté algo lejos, con la facilidad de coger mi auto... Ahora papá me va á comprar uno de sesenta caballos muy hermoso.
- NINI. Qué gusto.
- SOFÍA. Estará V. contento.
- LUCIANO. En esos chismes no me metería yo, amigo... Jilguero.
- SOFÍA. Por Dios, Luciano; el señor se llama Verderol.
- VERDEROL. Verderol, sí, José María Verderol.
(*Celia y Nini se echan á reir*).
- SOFÍA. ¡Niñas!
- LUCIANO. Bueno, pues Verderol ó como sea, en esos chismes no me metería yo por nada del mundo.
- VERDEROL. ¿Por qué?
- LUCIANO. Porque iría con mucha pánne por mi persona y si V. se mete en eso hace V. el... el...
- CELIA. Tío, por Dios.
- SOFÍA. Perdónele, Verderol; es muy guasón.
- VERDEROL. Sí, muy guasón; ji, ji.
- LUCIANO. ¿Verdad, Celia, que tengo razón?
- CELIA. Qué cosas tienes, tío.
- NINI. ¿Se ha abonado V. al Real?
- VERDEROL. Sí, hemos tomado un palco con Luisito Vera y Gonzalito Gomez Ríos. — ¡Qué estreno el de anoche! la Galiani estuvo sublime, sobre todo en el segundo acto ¡oh! hay pocas Walquirias como la Galiani.
- LUCIANO. Bah, bah, aquello es una facha; ¡qué trajes, qué gorros con cuernos de plumas!
- SOFÍA. Son cascos con alas.
- LUCIANO. Son cascos con porras; las alas se ponen en la cintura y orillado; digo, á no ser que vuelen de punta.—Todo lo de Wagner es igual: rarezas, rarezas y más rarezas. Las óperas antiguas aquellos son óperas, verdad señor... señor Verderol.
- VERDEROL. ¡Oh! no diga V. eso.
- LUCIANO. Pues ya lo creo que lo digo. Norma, Fra-Diavo'o, la matchicha de Fausto.
- CELIA. No disparates, tío.
- VERDEROL. Ji, ji.
- NINI. Tiene gracia.
- SOFÍA. Yo sufro.
- LUCIANO. Ya, ya—que se abone uno para que le den la lata toda la santa noche; yo me paso el rato sudando de angustia y durmiendo.

VERDEROL. Qué exagerado, ji, ji.
LUCIANO. Pues no veo la exageración, porque al terminarse la función si no es por los codazos de sus amigos, pernocta V. en la barandilla del palco.
VERDEROL. (*Aparte*). ¡Qué vergüenza!

ESCENA VI.

CRIADO, CONCHA, PEPE, LUCIANO, SOFÍA,

VERDEROL, NINI Y CELIA

CRIADO. Los señores de Velez.
LUCIANO. (*Levantándose se dirige á Celia*). Enhorabuena, Celia; vaya una ganga.
CELIA. ¡Tío!
NINI. Pues es muy simpático.
LUCIANO. (*Señalando dinero con los dedos*). ¡Simpatíco! Orillado, orillado.
SOFÍA. (*Adelantándose á recibirlos*). Concha, Pepe, cuánto tiempo.
CONCHA. Nos vamos al campo el viernes y no hemos querido marcharnos sin despedirnos.
SOFÍA. No se lo hubiera perdonado á VV.
CONCHA. Celia (*la besa*). Nini (*idem*). (*Pepe entre tanto va saludando á Sofía y á Verderol*).
VERDEROL. Concha siempre encantadora. (*Le dá la mano*).
CONCHA. Gracias, Verderol. (*Forman grupo Verderol y las tres muchachas á la izquierda*).
PEPE. ¿Qué tal, Luciano? tú siempre tan joven.
LUCIANO. Que quieres, el trabajo no me mata, ducha diaria y un poco de química, la divina química; perdona, no le he dicho nada á tu hermana. (*Se adelanta al grupo*). Concha.
CONCHA. Hola, Luciano.
PEPE. (*A Sofía*). ¿De Luisito buenas noticias?
SOFÍA. Buenas, gracias.
LUCIANO. (*A Pepe*), ¿Y tú con tu política, verdad?
PEPE. No lo creas, no me ocupo de nada, eso no trae más que disgustos.
SOFÍA. Pues no son esos los rumores que corren. (*Las chicas sueltan una carcajada*).
VERDEROL. Ji, ji, ji.
SOFÍA. ¿Que es eso, niñas?

- NINI. Una adivinanza que ha dicho Verderol muy graciosa.
- CONCHA. Sí, muy graciosa, pero no quiere dar la solución.
- VERDEROL. La solución mañana, como en los almanaques, ji, ji.
- CELIA. (*Aparte*). ¡Qué majadero!
- LUCIANO. Ese niño parece tonto, pero á veces muerde.
- PEPE. Lo conozco hace tiempo por desgracia.
- SOFÍA. Caridad, señores, un poco de caridad. (*Ellos se rien*). (*Dirigiéndose al grupo de chicas*). Quedaros aquí á tomar el the, que nosotras pasaremos á tomarlo en el saloncito rosa. (*A Luciano y Pepe*). Si les parece á VV. dejaremos á la gente joven que se divierta.
- PEPE. Señora, como V. guste. (*Inclinándose*).
- LUCIANO. (*Dándole una palmada en la cabeza*). No te doubles así, hombre, que un día te se va caer la grillera. (*Vase Sofía*).
- PEPE. Siempre serás el mismo. (*Vase*).
- LUCIANO. Tráteme V. bien á esas señoritas, señor Canario.
- VERDEROL. Verderol, D. Luciano, Verderol, ji, ji.
- LUCIANO. Es verdad hombre, perdone... Verde-rol, Verde-rol. (*Vase*).

ESCENA VII.

VERDEROL, CELIA, NINI, CONCHA Y CRIADO

- CELIA. Pero siéntense VV.
- NINI. Sí, sentémonos. (*Se sientan Verderol y Nini en una mesita, Celia y Concha algo separadas á su derecha; el criado coloca otra mesita entre ellas y va sirviendo tazas y pastas, etc.*
- VERDEROL. Ya se habrán VV. convencido de que tuve yo razón al decir que no se llevarían mucho tiempo lilás en los sombreros, en cambio la falda pantalón triunfará, ya lo creo que triunfará.
- NINI. Sí, acertó V.
- VERDEROL. Ya lo decíamos Gómez Ríos y yo, eso no puede durar, eso es muy cursi.
- CELIA. Has visto qué hombre.
- CONCHA. Qué tonto; pero parece que Nini no le mira con malos ojos.
- CELIA. Sí, hace tiempo.

- VERDEROL. ¿Oye V., Celia? tenía yo razón al decir que los lilás...
- CELIA. (*Con sequedad*). Sí, ya lo hemos oído.
- VERDEROL. Ji, ji.
- NINI. Oiga, Verderol, ¿en que quedó por fin la discusión con Celia sobre el amor?
- VERDEROL. No quiso explayarse conmigo; luego la continué en el teatro; Gonzalito Gómez Ríos, decía: «Amor no es nada» y Luisito Vera sostenía que «Amor lo es todo».
- NINI. ¿Y V. qué opinión tenía?
- VERDEROL. Yo no tengo opinión, ji, ji. ¿Y V., Celia, quiere darnos por fin su parecer?
- CELIA. Ya le dije á V. que no sabía lo que era amor.
- CRIADO. Los señores Cervera y Mario.
- NINI. (*Volviéndose á Celia*). ¡Qué encarnada te has puesto!
- CONCHA. ¿No sabías lo que era amor?... pues amor es eso.
- CELIA. Qué tonta eres.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, MARIO, CERVERA Y PEDRO

- VERDEROL. (*Poniéndose en pie*). Hola, señores.
- MARIO. (*A Celia*). ¡Celia! (*Le dá la mano y luego va saludando á las demás*)
- CERVERA. Nini. (*Saluda*). Concha.
- VERDEROL. (*Dá la mano á los dos*). Qué tarde vienen VV.
- CONCHA. Más vale tarde que nunca.
- MARIO. Gracias, Concha.
- CRIADO. El señor de Lema.
- PEDRO. Saludo á todas mis buenas amiguitas. (*Se inclina respetuoso*). Siéntese V., Verderol.
- VERDEROL. Gracias. (*Se sienta*).
- PEDRO. (*A Mario*). Cuánto tiempo sin verte. ¿Ya está ahí ese?
- MARIO. Sí, y tan inoportuno como siempre. (*Pedro se sienta á la derecha con Celia y Concha, Nini sigue sentada en la mesita con Verderol, y Mario y Cervera se sientan á la izquierda*).
- CELIA. (*Levantándose*). Llegan VV. á tiempo para tomar el thé. (*Va cogiendo el servicio de manos del criado y sirviendo á todos, luego se se sienta en el mismo sitio*).
- MARIO. Gracias, Celia.

- CERVERA. Usted siempre tan amable.
VERDEROL. ¿Otra pastita, Nini?
NINI. Oh, muchas gracias.
CERVERA. Estás muy nervioso.
MARIO. No lo puedo remediar.
CELIA. (A *Concha y Pedro*). Una taza.
PEDRO. Bueno, muchas gracias.
CERVERA. Nunca creí llegarás á ese extremo; pero puedes estar tranquilo, que el aspecto que presenta el asunto no parece malo.
MARIO. Desconfío, mi buen amigo; hasta ahora nunca le temí á estos lances.
CERVERA. Porque nunca los tomaste en serio.
CONCHA. Muy bien, Cervera, ganar una poule de veinte pichones sin cero.
CELIA. Enhorabuena; ya nos enteramos.
CERVERA. Suerte, nada más que suerte.
PEDRO. Y V. Verderol ¿no ha tomado parte en el Concurso del tiro de pichón?
VERDEROL. Yo... yo sí, pero solo hice un pichón y diecinueve ceros.
NINI. ¡Qué desgracia!
VERDEROL. Sí, pero la otra tarde no estuve tan mal.
NINI. ¿Qué hizo V?
VERDEROL. Tres pichones.
CONCHA. (A *los de su mesa*). Y el ridículo. (*Se rien*).
CERVERA. Sí, lo comprendo, pero no hay que apurarse.
MARIO. Esa mujer tiene en sus manos mi porvenir.
NINI. (A *Mario y Cervera*). ¿Están Vdes. conspirando?
MARIO. Nada de eso, Nini.
CELIA. ¡Como se fueron Vdes. tan lejos y están hablando tan bajito!
CERVERA. Pues de V. murmurábamos.
CELIA. ¿Bien ó mal?
CERVERA. ¿Puede ponerse el nombre de V. en los labios como no sea para bien?
CELIA. Usted siempre tan guasón.
CERVERA. Nada de eso.
NINI. (*Suelta la taza con un ataque de risa*).
PEDRO. ¿Qué es eso, Nini?
VERDEROL. ¡Ji, ji.
NINI. Ese Verderol que á veces dice unas cosas...
CONCHA. ¡Qué habrá dicho!
CELIA. Es otro golpecito á los lilás. (*Con ironía. Concha y Nini se echan á reír*).
PEDRO. ¿Qué es eso de los lilás?

- CELIA. Nada, que..... (*Sigue hablando en voz baja*).
- MARIO. Ponte en mi caso.
- CERVERA. Si, lo comprendo; me recuerda tu situación aquella en que estuve yo hace dos años con la rubia ideal como la llamábamos, ¿te acuerdas?
- MARIO. Sí, pero no compares tu caso con el mío.
- CERVERA. No lo creas, todas estas cosas son siempre una misma.
- MARIO. No, yo estoy loco.
- CERVERA. Pues chico te compadezco.
- CONCHA. Pero qué sosos están Vdes., debíamos dar unas vueltas de vals ¿te parece, Celia?
- CELIA. Como quieras, pero quién lo tocará.
- PEDRO. Nini, que es una profesora.
- VERDEROL. (*Levantándose y ofreciéndola el brazo*). Y yo le acompaño á V. (*La acompaña al piano y se queda en pie apoyado junto al mismo*).
- NINI. (*Sentándose*). Qué toco, ¿un vals?
- CELIA. Sí, aquel de antes tan bonito. (*Preludia el vals*).
- CERVERA. Valor, Mario.
- MARIO. Veremos. (*Levantándose y dirigiéndose á Celia, que al acercarse Mario hace un pequeño movimiento de extrañeza*). ¿Te asustas de mí?
- CELIA. ¡Mario!
- PEDRO. (*A Concha*). Una vuelta.
- CONCHA. No sé, pero podemos pasear. (*Se coge de su brazo y dando una vuelta se quedan parados en el extremo opuesto*).
- MARIO. ¿Tienes inconveniente bailar conmigo?
- CELIA. (*Resuelta*). Al contrario, pues tenemos que hablar.
- MARIO. Tendrás que hablar tú, pues yo te dije ya el otro día cuanto tenía que decirte. (*Se coge Celia de su brazo, dan unos paseos y se detienen quedando frente á frente*).
- CERVERA. (*Se vá hacia el piano*). Bonito vals, Nini.
- VERDEROL. Precioso, y tocado por manos de ángel más precioso todavía, ¡ji, ji.
- NINI. Adulador.
- VERDEROL. Justicia, Nini, estrictamente justicia.
- CONCHA. (*Señalando á Celia*). ¿Ha visto V. qué pareja?
- PEDRO. ¿Será boda?
- CONCHA. Es lo natural. (*Se cogen del brazo y dan una vuelta por el fondo*).
- CELIA. Si te creo, Mario.
- MARIO. Ya sé que tu madre se opone.
- CELIA. (*Con energía*). Respeto á mi madre, pero en

estos asuntos nadie, absolutamente nadie, podría influir en mi voluntad.

MARIO. Pues si es así, ¿qué puedo esperar de tí? (*Pausa*).

CELIA. ¿De mí? (*Irguiéndose con altivez*). No me guardarás rencor.

MARIO. ¡Rencor! ¿por qué?

CELIA. Porque de mí no puedes esperar nada.

MARIO. ¡Es posible, Celia! ¿me he engañado contigo? Tú, la mujer que yo consideré distinta y superior á todas, en la que yo cifé todas mis ilusiones; te escucho y no te creo; fuí tan torpe, que creí entrever en tu mirada y en tu conducta una esperanza.

CELIA. ¿Me tachas de coqueta?

MARIO. No... es decir.

CELIA. Yo también me equivoqué; creí que te quería pero en el momento decisivo me he hecho cargo de la verdad. ¡En cuestiones de cariño equivocarse es tan fácil!

MARIO. ¿Ni esperanzas?

CELIA. ¡Nunca!

MARIO. ¿Dijiste que nunca?

CELIA. Sí, nunca. (*Con energia*).

PEDRO. Gracias, Nini, el vals precioso.

CERVERA. Muy bien.

VERDEROL. Es una profesora. (*Le ofrece el brazo y salen; Nini de pronto se desprende de su brazo y corre hacia Celia, que separándose de Mario se dirige lentamente á su sitio*).

CERVERA. (*A Mario que está fijo en el mismo sitio*). ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

MARIO. Nada... Al fin y al cabo coqueta como todas.

NINI. (*A Celia*). ¿Qué tienes?

CELIA. (*Secando una lagrima*). Nada, Nini, gracias... Ya no tiene remedio. (*Telón rápido*).

Fin del 1.^{er} acto



A C T O 2.º

(El escenario representa la habitación de un soltero en desorden, una mesa escritorio á la izquierda, un armario en el fondo, una mesita en el centro y varios sillones; dos puertas laterales).

P E R S O N A J E S

MARIO
FRANCISCO
LUCIANO
CERVERA

NIKA

ESCENA I.

MARIO Y FRANCISCO

FRANCISCO. *(Limpiándolo todo)*. Algo atrasadillo tengo todo esto. *(Se detiene un momento)*. ¿La puerta? ¡Adiós! ya está aquí mi amo.

MARIO. *(Entra por la puerta de la izquierda de uniforme y muy sofocado)*. ¡Qué barbaridad! ¡Qué calor! ¡Francisco!...

FRANCISCO. ¿Llamaba V., señorito?

MARIO. Sí; anda volando y arréglame la ropa que me voy á quitar este uniforme que me ahoga.

FRANCISCO. Enseguida. *(Pausa)*.

MARIO. ¡Francisco!...

FRANCISCO. Mande V.

MARIO. Tráeme un vaso de agua. *(Vase Francisco por la puerta de la derecha)*. *(Pausa)*. Ya no tiene remedio; mi destino á la Compañía de tira-

dores del Muni ya es un hecho (*desabrochándose la guerrera saca un pliego que repasa en silencio*)

tenía que suceder, tarde ó temprano, algo así, y todo llega, no hay duda.

FRANCISCO. (*Entra con un vaso de agua*). El agua, señorito.

MARIO. (*Furioso*). Ya no quiero agua; la ropa, anda pronto.

FRANCISCO. Ya está preparada, señorito. (*Aparte*). Malillo se presenta hoy el día.

MARIO. Arregla esto de una vez; eres un adán y no sé como te resisto; menòs mal que ya se acaba. (*Vase hacia la puerta de la derecha*). ¿Ha habido alguna carta para mí?

FRANCISCO. Ninguna. (*Vase Mario*)

ESCENA II.

FRANCISCO SOLO, DESPUÉS MARIO

(*Durante esta escena Francisco va limpiando y arreglando la habitación, dando tiempo á que Mario se vista*).

FRANCISCO. No, pues yo no pierdo el trabajo... (*Se bebe el agua con parsimonia*). ¡Aay! Francisco... ¡pobre señorito! á veces parece que está loco; es bueno y parece malo. La otra tarde me juntó las orejas por detrás del cogote porque me fumé dos pitillos que se había dejao encima de la mesa y luego dimpués me dió una entrada para el Cine y un puro. (*Va arreglando las sillas*). Hay que entenderlo, pero es así, ¡qué se le va á hacer! (*Parándose delante de la mesa escritorio y cogiendo un pitillo*). Hola, ninchi, conque te habías quedado solo ¿eh? (*lo enciende con parsimonia y da dos ó tres chupadas*). No es mal tabaco, no... y no resulta así muy caro. (*Pausa*). Si no fuera por estos cargos de confianza que uno ejerce á veces, nò se podría vivir en la melicia. Lo peor del caso es que me huelo que me voy á quedar cesante. Chist! (*estornuda*). Jesús. Gracias, Francisco; pero, cá, ¿qué iba á jacer entonces la señorita Nika? ¡La Magdalena me valga! Novelas, siempre novelas; mi amo es mesmamente una hipitoyosis, yo siempre lo digo. ¡Pues mira tu que yo y la Lucía de arriba!... (*pausa*) digo... que no vale ná la parejita de la

Lucía del tercero segunda con el Francisco Cervo, soldado de segunda de la cuarta de la tercera del primero del ochenta y cuatro de línea... porque de línea yo... y de líneas, ¡ella!... y que son curvadas... Morenaza como á mí me gusta, casi negra... y gordota que no me disgusta tampoco, con unos pelines en el morro y aquí en junto á las orejas que válgame San Canuto... satén... satén... ¡mi ideal!... nada, señores, lo que yo digo... es una mujer incandescente... ¿y juerza?, ridiós, ¡qué juerza!... me dan más miedo sus patas que las del cabo Gómez. Ni que me hubieran preguntado antes de nacer como la quería para hacérmela expreso... ¡Aay, amor, cómo me has puesto! como decía aquel cómico flaco la otra tarde en el Cine.

MARIO. (*Entrando de paisano con un batín*). ¿Estás ya listo?

FRANCISCO. Sí, señorito.

MARIO. ¿Ha habido alguna carta para mí?

FRANCISCO. Ya lo ha preguntado V. antes y le he dicho que no.

MARIO. Pues te lo preguntaré cuantas veces me de la gana, no faltaría más.

FRANCISCO. Está bién, señorito.

MARIO. (*Indignado*). Ni está bien ni está mal. ¡Vete!

FRANCISCO. A la orden de V.

MARIO. No te vayas, espérate. (*Se dirige á la mesa y se pone á escribir; terminada la carta saca un fajo de billetes del bolsillo, los mete dentro y se la entrega á Francisco*). Toma, lleva esta carta á la señorita Nika y vuelve pronto.

FRANCISCO. ¿Espero contestación?

MARIO. No, se la das á ella misma precisamente, y luego sales enseguida procurando que nada te pregunte, y si algo te preguntase ya sabes que tu obligación es la de no saber nunca nada.

FRANCISCO. ¿Manda V. algo más?

MARIO. Nada.

FRANCISCO. A la orden de V., señorito (*vase*).

ESCENA III

MARIO, SOLO

(*Da unos paseos á lo largo de la habitación*)

MARIO. (*deteniéndose*) ¡Pobrecilla!... (*pausa*) pero es imposible pensar otra cosa; era inevitable, tenía que

suceder (*sigue su paseo y arranca unas hojas de un calendario de pared*). Veintiocho de Septiembre—¡triste fecha!—Hoy hace un año, sí, parece mentira. Al recordar el pasado se atropellan y amontonan los acontecimientos en mi imaginación.—Ella me separó con su negativa cruel, dicha con aquella ironía y altivez que nunca presumí pudiera ocultarse bajo aquel semblante dulce y angelical... y desde entonces, lanzado como caballo sin freno en una vida de locura, de esa locura que la sociedad critica y mis compañeros envidian, he ido yo mismo abriendo entre los dos un abismo sin fondo imposible de franquear nunca... Celia me desprecia y yo la ma'digo.—La maldigo porque se cruzó en mi camino para torcer mi vida... y hoy, después de tantos excesos, después de este año transcurrido que pesará siempre en la historia de mi vida como una página triste y fatal, su imagen surge de nuevo ante mí como un ideal absurdo é imposible... Al fin y al cabo, mujer... Bah... (*vuelve á sus paseos*).

ESCENA IV.

MARIO, LUCIANO Y CERVERA

- LUCIANO. (*Entrando*). Hola, caballerito.
CERVERA. Ho'a, Mario.
MARIO. Buenas tardes, señores.
LUCIANO. Pero, ¿es verdad que te marchas?
MARIO. Y tan verdad.
CERVERA. ¡Es posible!
MARIO. (*Alargándoles el pliego que coge de encima la mesa y entrega á Cervera*). Ahí tenéis mi destino. (*Pausa*).
CERVERA. (*Lee*). ¡Qué locura!
LUCIANO. ¡Qué disparate!
MARIO. ¡Bah! Ya no tiene remedio.
CERVERA. Pero ¿estás loco?
LUCIANO. ¿Hasta ahora no te habías enterado? (*Sentándose*).
MARIO. Sí, me voy uno de estos días, ya lo sabeis. (*Siéntase Mario; Cervera sigue en pie*).
LUCIANO. A esto le llamo yo hacer una grillada, amigo Mario.
MARIO. Bueno.

- CERVERA. Y yo le llamo hacer una tontería.
MARIO. Conforme.
LUCIANO. ¿Conforme? Nada, orillado, orillado. (*Aparte*). ¡Pobre sobrinilla mía! ¿Y tú lo encuentras muy natural?
- MARIO. Tan natural.
LUCIANO. Pues es un disparate.
MARIO. No lo creas, Luciano, cuando las cosas se ponen de cierta manera, lo mejor es poner mucha agua y mucha tierra por medio.
- CERVERA. No se ponen las cosas; dí mejor cuando nos empeñamos en hacer tonterías y ponemos las cosas de cierta manera.
- LUCIANO. Tonterías haces tú, tonterías mi sobrina, tonterías su madre y tonterías todos por no cogeros á uno y á otro, juntaros las manos y «Dominus vobiscum»; ¡ay si yo fuera párroco! Pero no, á ella le preguntas: ¿Quieres á Mario?—Nó; es un infame, es un perdido... Mira que Mario se va... llora, no come, etc., etc. — Le preguntas á Mario: ¿Quieres á Celia? —Nunca; es una falsa, coqueta, tal y cual.—¡Mira que Celia no te quiere!—pues haré cuantas majaderías pueda, y como remate me iré á la China, á la California ó al Polo Norte, y orillado... ¡y pensar que á otros los encierran!...
- MARIO. Bueno (*pausa*). Pues ya lo sabéis; me voy y no se hable más del asunto.
- CERVERA. No te molestes por eso.
LUCIANO. Orillado, orillado.—Vengo á despedirme de tí, á decirte adiós pues ya sabes que soy muy fino; lamento tu decisión y hasta la vista.—Este es todo mi discurso.
- CERVERA. ¡Cómo te arrepentirás! (*Pausa*).
LUCIANO. (*Mirando al armario*) Oye, Mario, ¿es alcohol aque la botella que vislumbro en tu armario?
- MARIO. Sí, es champagne y nos la beberemos juntos como despedida.
- LUCIANO. ¿Champagne, dijiste? (*se levanta dando saltos*). ¡Pum... pum!.. (*la coge y la trae*). Señores, alegría, fuera tristezas, ya apareció el contrabando.
- MARIO. (*Se levanta y trae unas copas*). Tomad (*les da una á cada uno y forman corro alrededor de la mesa*) (*Pausa*).
- LUCIANO. (*Descorcha*) ¡Pum!
CERVERA. Haceis bien; venga una copa.

MARIO Sí, alegría, borrachera; á ser posible dejemos que el continuo gozar no nos deje tiempo para pensar ni para sentir.

LUCIANO. (*Se ríe, se atraganta y tose*). Como te pongas tonto te doy con esto (*le amenaza con la botella*). Vereis ahora.—Darme otra copa;—champagne, mucho champagne, no todo han de ser desesperaciones.—Champagne... veis, la espuma encarna el ideal; la realidad es el eterno mareo (*Suelta la copa y se aplaude*).

CERVERA. Muy bien, Luciano, bonito pensamiento.

LUCIANO. Sí, yo se mucho de eso, y cuando veo á esa criatura con esa cara de cura pobre que acaba de perder el misal, hago frases y todo.

MARIO Gracias.

CERVERA. Brindo porque Dios te devuelva el juicio y por tu regreso.

LUCIANO. Yo por la sintaxis, 'a sicalipsis y 'a profilaxis.

CERVERA. ¡Mecachis!

MARIO. Y yo por vuestra felicidad.

CERVERA. Gracias.

LUCIANO. Muchas gracias.

CERVERA. (*Sentándose*). Ya que estás inspirado, querido Luciano, entreténnos con uno de tus cuentos.

LUCIANO. ¿No te molestará, amigo Mario?

MARIO. Puedes contar lo que quieras.

LUCIANO Pues ya que os empeñáis, va de cuento, y no será de los que esperáis, pero sí de actualidad (*pausa*) (*enciende un pitillo*). Hace muchos años, allá en el Olimpo—¿Os parece bien el principio?

CERVERA. Sigue, sigue.

LUCIANO. Bueno os lo modificaré. Allá en el Olimpo hace muchos años, habitaban un enano y una enanita hijos de su padre (*pausa*) el gran Júpiter tronante.

MARIO. Será tonante.

LUCIANO. Tonante ó como queráis. Un gigantón que los protegía empezó á darles una pocima que los hacía crecer por días sin que los enanitos se dieran cuenta. A la vuelta de una temporada nuestros amiguitos, convertidos en gigantes ya, quisieron echar á andar para acercarse el uno al otro, pero sus cuerpos habían crecido y sus piés seguían siendo chiquititos, y al pretender unirse faltos de base cayeron de espaldas, y no se sabe lo que pasó después, pero hay quien asegura que no pu-

dieron levantarse más—y dice la moraleja en verso y todo por cierto: En asuntos de amor, maldito orgullo—Hace crecer las partes litigantes—Y si les falta base y no discurren—Se pegan la tombé cual los gigantes.—Y colorín colorado este cuento hase acabado. ¿Qué tal?

CERVERA. Pues es muy interesante.

MARIO. (*Con ironía*). Tiene gracia (*pausa*). Otra copa.

CERVERA. (*Con guasa*). Sí, hombre, por los gigantes.

LUCIANO. Sea, pero es la última (*bebe y se pone en pie*). Son las siete y me están esperando, y creo que con mi buen amigo Mario estoy cumplido.

MARIO. Siempre.

LUCIANO. Bueno, pues cojo el sombrero (*acompañando la acción á la palabra*) y el bastón, me marchó y orillado. Adiós, Mario (*le abraza*). ¿Hasta cuando?

MARIO. Hasta que Dios quiera.

LUCIANO. (*Dándole una palmadita á Cervera*). Adiós, Cervera.

CERVERA. Adiós. (*Vase Luciano; Mario le acompaña hasta la puerta y vuelve á sentarse con Cervera*).

ESCENA V.

CERVERA Y MARIO

CERVERA. Y ahora, Mario, que estamos solos, permíteme que te riña; irse al Muni... es que eso no se le ocurre á nadie, te hablo formalmente, yo creo que no estás bien de la cabeza.

MARIO. Y el Muni me parece cerca todavía, querido Cervera; si más lejos pudiera marcharme, más lejos me marcharía; si pudiera suprimirme, me suprimía. España se me cae encima y Madrid me ahoga. Necesito irme lejos, muy lejos, donde no tenga recuerdos; necesito dar libertad á esta imaginación que aquí tengo constantemente aprisionada por ideas desagradables, necesito un mundo nuevo para mí, porque en este ya no puedo vivir.

CERVERA. Pero ese destino es terrible, eso es un castigo.

MARIO. Muy bien has dicho, un castigo; necesito castigarme, castigar tanta torpeza y tanta estupidez; creí en algún tiempo que mi cabeza funcionaba con alguna regularidad y hoy estoy plenamente convencido de que soy el más imbécil de los hombres.

Esta equivocación es imperdonable, y yo la castigo desterrándome, desterrándome á un país salvaje de donde ó no volveré, ó volveré con el alma muerta y la naturaleza consumida al contemplar el teatro de mi pasada vida con la sonrisa del escéptico en los labios, y el desprecio á esta farsa llamada sociedad infiltrado en todo mi sér.

CERVERA. No te comprendo, Mario; eres un loco.

MARIO. Antes todo me sonreía, yo creía en la felicidad y era feliz por el mero hecho de creer en ella, y ahora, Cervera, soy fatalista, creo que cuando el destino de un hombre se tuerce todos sus actos entran bajo el dominio de lo inevitable y con lo inevitable no hay lucha posible.

CERVERA. Pues no es esa mi manera de apreciar las cosas; creo que lo inevitable que tú dices se lo hace uno mismo cuando no puede ó mejor dicho no quiere dominar sus acciones. Tú debías dominarte y procurar volver á ser el de antes rompiendo de una vez con esa mujer que hoy día te consume y arruina, mujer que no te quiere; porque no te hagas ilusiones, esas desgraciadas no quieren y es inútil todo sacrificio que por ellas se haga. Pero aparte de eso ¿qué pretendes con prolongar esa situación absurda? (*pausa*). (*Levantándose*). Sienta esa cabeza, déjate de locuras y destinos á lo desconocido y vuelve á ser el de siempre, y verás como con el tiempo Celia te perdonará porque sé que te quiere y podrás ser feliz.

MARIO. ¡Oh! no; es ya tarde.

CERVERA. No lo creas, Mario.

MARIO. Sí, sí, agradezco tu consejo y de Celia te suplico que no vuelvas á hablarme; nada quiero saber de ella, la distancia que nos separa es ya muy grande y el cariño que tú dices no existe. No la creo tan torpe que me negase radicalmente su corazón cuando humilde se lo pedí; si me lo negó, fué porque así lo sentía y si me lo negó queriéndome, tanto peor dada la forma en que lo hizo, pues nunca podré aceptar como buena la mujer que sabe fingir hasta ese extremo.

CERVERA. Es que muchas veces...

MARIO. No sigas; ni nombrarla, sabes, ni nombrarla, porque hasta su nombre me hace daño. Respecto á Nika es problema resuelto en cuanto me marche,

y comprendo que tienes razón en casi todo lo que de ella me dices.

CERVERA. En todo. (*Se sienta*).

MARIO. Bueno, pues en todo, como tú quieras, pero tampoco debo de olvidar que en sus brazos hallé muchas veces consuelo muy grande á mis sufrimientos.

CERVERA. Te lo figuras, nada más.

MARIO. Lo sé, y sé que me dirás que es una loca, pero ella, mi compañera de juegos y alegrías, ha llorado conmigo en mis tristezas, ha sido buena para mí, y yo no puedo por menos que bendecirla; hay cariños mentira que parecen verdad, y tal vez lo fueran si no fuesen mujeres las que lo demuestran.

CERVERA. Hasta este extremo no, podrían ser verdad, esos seres tienen su corazón como los demás y la regeneración, aunque pocas, puede á veces ser un hecho. Pero vamos á suponer, ya que así sea, qué conseguías con eso.

MARIO. No, yo soy todavía más radical que tú, ya ves, no creo en esa regeneración de que hablas y si la admitiese sería únicamente como transitoria, como efecto de las circunstancias (*pausa*). ¿Ves éstos muebles? pues ya no me pertenecen, lo he liquidado todo, y cuando tú has llegado acababa de escribirle despidiéndome de ella y mandándole el último dinero que podía darle; creo que mi carta le proporcionará un disgusto horrible, pero no ha de tardar en olvidarlo en otros brazos que ya no serán los míos... la vida es así... y el cariño una de tantas farsas.

CERVERA. Eres sencillamente un desequilibrado, sufres por Celia, sufres por Nika y sufres y seguirás sufriendo siempre por todo cuanto llegue, no digo á interesarte, sino á despertar tu curiosidad.

MARIO. Sí, ¡por qué negarlo! sufro por las dos, á las dos las quiero y con todo y ser tan distintos esos cariños, se enlazan íntimamente el uno con el otro, aunque no los comparo pues fuera una infamia compararlos.

En cuestiones de cariño, cree, Cervera, que aun lo más inverosímil es perfectamente lógico. — Si yo me hubiera casado con Celia, yo hubiera sido bueno, yo hubiera sido feliz; ese mundo que hoy me critica y vitupera me hubiera respetado y me hubiera querido. Al no poder realizar el ideal,

se produce en mí un estado morboso, una verdadera enfermedad, en la que el cariño de Nika viene á ser algo así como la morfina, remedio que mata, remedio pasajero que alivia de momento y que nada cura, pero al fin y al cabo remedio, que aun siendo la muerte es el consuelo del enfermo que á él se agarra con verdaderas ansias de vida. Celia es el ideal no logrado, el ideal absurdo que me tortura y desespera, pues trae consigo la idea de lo imposible, y Nika es el sueño que adormece y hace olvidar. De este sueño despierto, y al ver la realidad tan amarga deseo dormir más, dormir con embriagueces de cariño que son mentira si, si así lo quieres, pero que no importa pues me empeño en creer que son verdad y á veces hasta llego á conseguirlo.

CERVERA. Pero no me negarás, querido Mario, que la realidad no está ni en los sueños ni en los ideales.

MARIO. Lo sé, por eso quiero curarme, por eso quiero olvidarme de todo, separarme de todo, países nuevos, vida distinta, trabajo penoso, sufrir, sufrir mucho, pues solo el sufrimiento mayor puede ser el remedio de otro sufrimiento. Por eso no quiero que me hables de Celia porque quiero olvidarla, por eso no quiero ver á Nika pues comprendo que soy débil y no quisiera tener esa morfina que me mata al alcance de mi mano.

CERVERA. Bueno, basta, no disparates más; déjate de filosofías que á nada práctico conducen; vístete y vámonos; (*levantándose*) daremos una vuelta y te vendrás á cenar conmigo.

MARIO. Acepto. (*Se levanta y abre el armario de donde saca una americana, anudándose la corbata frente á un espejo*).

CERVERA. ¿Y no podrías revocar tu decisión y conseguir quedarte?

MARIO. Ni quiero ni puedo ya evitarlo.

CERVERA. ¡Qué locura, qué locura!

MARIO. No lo creas, será mi bien.

CERVERA. O tu desgracia.

MARIO. (*Recalcando*). A grandes males, grandes remedios, ¿no es eso? (*Tararea el vals del primer acto*).

CERVERA. Sí, eso es, eso.

.

CERVERA. Parece que no olvidas el valsecito.
MARIO. Cuando una musiquita de esas se me mete en la cabeza, ya tengo partitura para todo el día.
CERVERA. (Con ironía). Sí, sí. (Tose con sorna).
MARIO. (Desaparece de escena un momento para quitarse el batín y ponerse la americana). Estás enfermo.
CERVERA. No, el que está enfermo eres tú.
MARIO. (Cogiendo el sombrero y el bastón). Ea, listos.
CERVERA. (Levantándose). Pues vámonos.

ESCENA VI.

FRANCISCO, NIKÁ, MARIO Y CERVERA

FRANCISCO. (Entrando). Señorito. (Detrás de él entra Nika).
MARIO. (Con extrañeza). ¡Nika!
CERVERA. (Abatido). ¡Nika!
NIKA. Sí, yo soy ¿les extraña á VV?
MARIO. (A Francisco). Vete. (Vase Francisco).

ESCENA VII.

NIKA, MARIO Y CERVERA

MARIO. ¿Tú en mi casa, Nika?
NIKA. Ya lo ves, creo que sí.
MARIO. Me comprometes.
NIKA. No importa.
MARIO. (Indignado). ¿Sabes lo que has hecho?
NIKA. Necesitaba verte. (A Cervera). Iban VV. á salir y siento detenerlos.
CERVERA. No, no. ¿Si les molesto á VV?
MARIO. Tú nunca molestas; puedes quedarte.—Sentaros. (Se sienta Cervera á la izquierda; Mario señala un sitio á Nika entre los dos y él se queda á la derecha en pie, apoyado en el respaldo de una silla). (Pausa larga).
NIKA. (Riendo nerviosa). ¿Conque no esperabas mi visita?
MARIO. (Con coraje) ¡Nika!
NIKA. Pues era lo más natural; já, já.—¿No te vienen á despedir tus amigos?—pues también te vengo á despedir yo.
CERVERA. (Aparte) ¿Qué pasará aquí?
NIKA. No—no te pongas nervioso

MARIO.

Bueno, acabemos.

NIKA.

(*Decidida*). Ahora mismo; solo pretendo hacer-te una pregunta (*sacando una carta y levantándose*). He recibido no hace mucho rato esta carta, que aunque viene firmada por tí no puedo creer que sea tuya.—Dice así: (*la desdobra y lee*) Queridísima Nika: Que te quiero supongo que no lo dudarás; tiempo has tenido para comprenderlo, y puedes estar convencida que el escribirte en la forma que lo hago me cuesta un gran sacrificio. (*Pausa*). Nuestro cariño ha sido un sueño y hora es ya de que despertemos los dos.—Ni puedo seguir contigo como hasta ahora, ni esa situación puede prolongarse por más tiempo... Me voy, me voy muy lejos y al marcharme tengo que separarme de tí; pensar otra cosa sería locura.—Adiós.—Mario. Y sigue: (*recalcando las palabras*) Conozco tu situación y adjuntas te mando tres mil pesetas, único dinero de que puedo disponer en este momento; acéptalas y perdóname.—¿Es tuya?

MARIO.

Sí, es mía.

NIKA.

¿Y eso lo has escrito tú? ¿eso lo ha escrito el único hombre que quise, por el que lo sacrificué todo con gusto—ese hombre en cuyos brazos me sentí buena y por cuyo cariño me avergoncé de mi pasado—el hombre que me hizo pensar en la felicidad de una vida tranquila (*con indignación creciente*)—tú, tú el que dices que me quieres y me arrojas de nuevo al arroyo? ¡¡Miserable!! toma tu carta y tu dinero (*se lo arroja á la cara y se echa á llorar*).

MARIO.

(*Indignado yéndose hacia ella*) ¡Nika!

CERVERA.

(*Interponiéndose*) Mario, por Dios.

(*Mario empieza á dar descompasados pasos y Cervera se inclina á Nika, que sigue llorando*).

CERVERA.

Tranquilícese V.

NIKA.

(*Sollozando*) ¡Infame! ¡Hipócrita!

CERVERA.

(*Aparte*) Bonita situación la mía.

NIKA.

Todos son iguales.

CERVERA.

Vamos, Nika, si él la quiere; pero comprenda usted...

NIKA.

Déjeme, déjeme.

.....
.....
(*Mario se detiene y se queda frente á frente de Cervera*). (Luego).

- MARIO. (*Furioso*). Vamos á ver, ¿qué es lo que pretendes con esto?
- NIKA. (*Levantándose y secándose las lágrimas*). Nada, no pretendo nada; cuanto tenía que decirte ya te lo he dicho. Adiós (*se va hacia la puerta*).
- MARIO. (*Cogiéndola de un brazo*). Escucha.
- CERVERA. (*Aparte*) ¡Adiós!
- NIKA. Déjame, hombre; ya me voy; sí, ya me voy.
- MARIO. No seas tonta, siéntate.
- NIKA. (*Con coraje*). Déjame, Mario.
- MARIO. Pero ¿qué es lo que quieres?
- NIKA. (*Echándose á su cuello*) (*pausa*). ¿Qué es lo que quiero?—Quererte mucho.—No me dejes, Mario, por Dios te lo pido; tan felices que éramos, ¿te acuerdas?—Sí, lo que quiero es cariño, mucho cariño; no quiero separarme nunca de tí. ¿Que te vas al fin del mundo? Pues al fin del mundo me voy contigo,—siempre, siempre contigo.—¿Lo oyes, Mario mío?—Mío, ¿verdad que sí? (*Se echa á llorar*).
- CERVERA. ¡Pobre amigo mío!
- MARIO. No te vayas todavía; ven, siéntate (*la acompaña y la sienta de nuevo en su sitio*)—no llores—(*coge una copa con champagne de la mesita*) toma.—¡Qué tonta eres!—(*le seca las lágrimas con su pañuelo*).
- CERVERA. (*Tirándole del faldón de la americana*) Mario, que cedes.
- MARIO. (*Volviéndose*) Ya está hecho.—(*A Nika*) ¿Te encuentras mal?
- NIKA. (*Cogiéndole la mano*) No, me encuentro bien; te veo cariñoso y soy feliz.
(*Cervera se va y se sienta detrás de la mesa escritorio, en donde se pone á hojear unas revistas*).
- MARIO. Tontuela, si te quiero; yo nunca me separaría de tí. (*Cervera tararea el vals del primer acto.—Mario vacila*). (*Decidido*) Pero ya ves, es imposible; me marcho.
- NIKA. Y yo contigo.
- MARIO. Sería una locura,—es imposible.
- NIKA. No,—más imposible es que yo te deje.
- MARIO. No puede ser.
- NIKA. Si no me llevas me iré yo.
- MARIO. No digas tonterías; te aburrirás y te cansarás.
- NIKA. Nunca.

MARIO. (Molesto) Pero ¿tú sabes, criatura, dónde me voy?

NIKA. Aunque fuera al infierno.

MARIO. Loca.

NIKA. Júrame que me llevas contigo.

MARIO. No puedo.

NIKA. ¿Es posible que me abandones?—¿tú crees que eso puede ser?—¿tú podrás olvidar nuestra felicidad, te olvidarás de todo, dime?—¿Te acuerdas la otra tarde cuando sentados en aquel bosquecillo de pinos mirábamos los dos aquel cielo tan azul y me decías tú apretándome contra tí: ¿ves si es grande ese cielo, pues más grande es mi cariño?

MARIO. Calla.

NIKA. ¿Te acuerdas luego, cuando los dos muy cerquita uno del otro dentro de aquel coche, regresábamos por aquella carretera muy oscura, muy oscura, y yo tenía frío, tú me calentabas mis manos entre las tuyas y se nos acercó una pobrecita —¡Señorito—te dijo alargando su mano y corriendo al lado del coche—una limosnita por ese ángel que lleva V. á su lado, para que Dios no les separe á VV. nunca! — y tú le diste una moneda? La pobrecilla se quedó atrás en el camino, y entre el ruido que producía el trotar de los caballos se oían las bendiciones de la pobre viejecita — y yo te bendecía, sí, te bendecía también desde el fondo de mi corazón, te bendecía porque eras bueno, dabas limosna al pobre y me redimías á mí.—¡Si vieras de que distinta manera veía yo entonces la vida!

MARIO. Nika, por Dios, calla, calla.

NIKA. Muchas veces hemos pasado juntos días enteros; juntos, muy juntos, hemos viajado los dos; juntos hemos estado muchas veces á la orilla del mar, y aquellas olas, ¡te acuerdas!, que murmuraban junto á nosotros nuestros amores, las escuchábamos en silencio.—Sin hablar nos comprendíamos; ¡cuántas veces, al levantar nuestros ojos y al cruzarse nuestra mirada, inconscientemente se acercaban nuestros cuerpos y se estrechaban nuestras manos y al mirarnos nos sonreíamos,—¿me quieres? parecías interrogarme tú con tu mirada;—te adoro, te contestaba la mía siempre fija y llena de cariño. Juntos hemos sufrido y hemos gozado, nuestras risas se han mezclado, como

también se han mezclado nuestras lágrimas, juntos y muy unidos van también nuestros destinos; no te esfuerces en separarlos porque es inútil.

MARIO.

(*Aparte*). Inevitable.

NIKA.

(*Con cariño*). Me llevas contigo.

MARIO.

(*Vacilando*). No puedo.

NIKA.

Júrame que me llevas contigo.

.

NIKA.

¿Me quieres?

MARIO.

Sí.

NIKA.

(*Con energía*). Pues júramelo.

MARIO.

...(Decidido). Pues sí, te llevo.

CERVERA.

(*Se le cae la revista y asombrado*). ¡Es posible!

NIKA.

(*Levantándose le abraza*). Así te quiero.—¿Has-
ta luego?

MARIO.

(*Como asustado*). Hasta luego.

NIKA.

Adiós.

CERVERA.

(*Se levanta y le tiende la mano*). Señorita...

NIKA.

(*Le da la mano*). Adiós. (*Vase y en la puerta se detiene un momento para decirle adiós con la mano á Mario; Mario se deja caer en un sillón cogiéndose la cabeza con las manos.*)

(*Pausa*).

CERVERA.

(*Avanzando al centro del escenario, y con ironía.*) Muy bien, amigo Mario... A grandes males grandes remedios.

(*Telón rápido*).

Fin del 2.º acto



ACTO 3.º

PERSONAJES

LUCIANO
CERVERA
VERDEROL
GONZALITO
MARIO  
CAMARERO

SOFÍA
CELIA
NIKA
KETTI
CAMARERA.

(El escenario representa los jardines de un balneario; el fondo se ve iluminado y se oye á lo lejos un sexteto de Tziganos, á la izquierda un pabellón).

ESCENA I.

LUCIANO Y DESPUÉS UNA CAMARERA

LUCIANO. *(Sale mirándolo todo)*. Dos horas llevo dando vueltas por estos laberintos sin encontrar á Celia ni á su madre.—¡Cuidado que es grande todo esto!—Eso sí, llevo ocho días en Francia y todavía no he conseguido que nadie me entendiese una palabra.—De mí sí que podría hacerse una de esas películas cómicas que dijeran con unas letras muy grandes y muy negras «Luciano en Foret les Bains» porque hay que ver los apuros que pasé ayer por la mañana para pedir un baño.—«Un baño», le dije á un camarero de largos bigotes, y como si le hubiera dicho «truco».—Viendo que no podía entenderme, me decidí por

la mímica;—yo no hacía más que quitarme la chaqueta y extender y encoger los brazos como si nadase, (*extiende y encoge los brazos con exageración*)—pero ni por esas; él se sonreía y al fin, poniéndose serio, se da una palmada en la frente, se va corriendo, y me trae unas pesas de gimnasia (*pausa*).—No se las tiré á la cara porque me pareció poco patriótico que me llevaran á la perrera allende el Pirineo.—Yo, francamente, nunca había salido de España y no creía que Francia fuese así pues no tenía de ella otra idea que la que me formé leyendo un folletín que se llamaba la Guillotine.

Pero, en fin, aquí no hay Guillotines ni Robespieres ni Dantones ni Marates, que lo que hay es mucha alegría y mucho lujo, y esto es bonito y chí como dicen ellos, vaya si es chí.—¡Qué jardines, qué lagos, qué iluminación!—Allá abajo, entre macetones, unas mesas para the, y una tribuna con unos tíos vestidos de colorado que les llaman algo así como zánganos que se pasan la vida tocando el violín.—Y mujeres ¡oh, qué mujeres! ahí mismo viene una que hay que verla, y eso que no es nada más que camarera. (*Entra la camarera por la derecha, Luciano se dirige á ella*). Señorita.

CAMARERA. Monsieur.

LUCIANO. Bah bah, ¿por qué no me llamas Luciano?

CAMARERA. Oh je ne comprende pas.

LUCIANO. Nada, orillé.—(*Aparte*) A esta voy á tener que hablarla en francés. (*Se seca la frente y sopla*). Yo veux preguntar á vú, si vú per una de esas casualités avais ví pour aquí á ma famillé.—(*Aparte*) Nada.—A la famillé que ha venido con mui.

CAMARERA. ¡Pardon, pardon!

LUCIANO. De nada, hijita; ni tú me entiendes ni yo tampoco, y lo siento; pero ¡qué le vamos á hacer! (*La Camarera hace ademán de irse y Luciano se interpone á su paso*)—Espérate, mujer.

CAMARERA. Monsieur...

LUCIANO. Mira, fijate bien en lo que te voy á decir:—Tienes unos (*y señala los ojos*) de premiere y unos (*señala los piés*) así (*indica pequeños*) y una (*señala la boca*) que... (*se va hacia ella. Ella le da una bofetada y sale corriendo*). (*Luciano, lle-*

vándose la mano á la cara)—Orillado; lo mismo que en España.

ESCENA II.

LUCIANO Y CERVERA, CAMARERO

(Cervera entra por la derecha con vendas, traje de alpinista, caperuza, etc.)

CERVERA. ¡Luciano!

LUCIANO. *(Con extrañeza)* Oye, pero ¿tú quien eres?

CERVERA. *(Descubriéndose)* Yo, hombre, yo.

LUCIANO. *(Abrazándole)* ¡Cervera! — Oye, ¡tú seguirás hablando en español!

CERVERA. Hombre, sí.

LUCIANO. Ya me lo parecía, porque te he entendido desde que has abierto la boca.

CERVERA. ¿Pero qué te pasa en ese carrillo que lo tienes tan encarnado?

LUCIANO. Pues que pasó una camarera, le dije una cosa en francés, y ahí tienes la traducción.

CERVERA. Siempre serás el mismo *(riendo)*.

LUCIANO. Calla, hombre, si yo acabaré por volverme loco; aparte de Celia y su madre, tú eres la primera persona que me entiende desde que estoy en esta tierra.

CERVERA. Pero ¿cómo tenía yo que imaginarme que te iba á encontrar aquí?—Anda, sentémonos y vamos á tomar algo, que estoy que me ahogo de sofocación *(Se sientan en una mesa, llaman y viene un Camarero)*. ¿Qué quieres tomar?

LUCIANO. Hombre, á la verdad, yo tomaría champagne; pero pídelo tú, porque yo no sé decirlo en francés.

CERVERA. Champagne.

LUCIANO. ¡Hombre, eso también lo sé decir yo.

CAMARERO. ¿Une démie bouteille?

CERVERA. Oui.

LUCIANO. Orillado.—Y dime en primer lugar cómo estás aquí y qué haces con este traje.

CERVERA. Fuí á hacer una excursión por el Pirineo con unos amigos; una excursión preciosa chico; ¡qué paisajes! ¡cuánta nieve! ¡oh! una verdadera hermosura.—Ellos se separaron de mí para volver á España, y yo decidí venir aquí á pasar unos días.

Conocía el balneario; esto es bonito y es sano, y luego aunque no sea mas que por agradecimiento, pues me sentó divinamente cuando me lo recomendaron porque estaba algo delicado del pecho. ¿Te acuerdas?

LUCIANO. Sí.

CERVERA. Pues eso es todo—¿y á tí cómo demonio se te ha ocurrido venir aquí?

LUCIANO. Pues por lo mismo; digo, por lo mismo no, pues yo estoy bueno y rozagante; á mí no me parte un rayo;—pero la pobre Celia mi sobrina...

CERVERA. ¿Está mala?

LUCIANO. Fatal, fatal.—Ha sufrido mucho la pobrecilla. Después de todas aquellas tonterías con el loqueras de Mario, la chiquilla se puso muy triste; vino la inapetencia, la anemia, y cuando supo la marcha de él y el desastre final de haberse ido cómo se fué y con quién se fué, no hacía mas que llorar; estuvo en cama una temporada, luego empezaron las fiebre-cillas al atardecer, la tosecita, y nada, chico, lo que se esperaba;—está que no la conocerás.

CERVERA. ¡Pobre Celia—qué lastima!

LUCIANO. Nada, chico, el amor; esa maldita cosa que llaman amor que no mata; matar, no, pero puede ser la causa de que uno se muera, eso sí; estoy convencido de ello (*pausa*). ¿Y de Mario, supiste algo más?

CERVERA. Te diré; ahora hace tiempo que no se de él, al principio me escribió.—Su viaje fué una novela, desastrosa por supuesto. Nika, al mes y medio, vió que se aburría y empezó á cansarse.—Mario por otra parte comprendía la barbaridad que había hecho, y como el amor en esas mujeres, y en eso tenía razón Mario, es circunstancial, cambiaron las circunstancias, desapareció la novela, vino la realidad y se acabó el cariño, y de la noche á la mañana yo no sé lo qué pasó, pero Mario se quedó solo. Estuvo á la muerte á consecuencia de esas calenturas allí tan frecuentes, y por el fondo de sus cartas comprendía yo que se arrepentía de todas sus locuras.—El no ha tenido más que una ilusión y esa fué Celia, se empeñó con sus majaderías en que era un ideal absurdo; la chica también estuvo con él algo torpe y excesivamente dura, y de ahí vino la desgracia de los

dos, haciéndose difícil é imposible lo que era tan fácil y tan natural, pues hacía ya mucho tiempo que todos lo dábamos por descontado, sin creer fuera posible ni la actitud de la madre, ni la de la chica, ni á Mario capaz de tanta locura como consecuencia de todo ello; pero, en fin, c'est la vie.

LUCIANO. ¡Cuántas veces se lo dije á Sofía! Deja en libertad á Celia y no la induzcas á que firme ella misma su desgracia.

CERVERA. Es mal del siglo, Luciano, hay madres que siempre son madres; pero otras dejan á veces de serlo para ser mujeres, y la mujer se deslumbra siempre ante el brillo del oro sin considerar que en el mercado del amor el cariño es el verdadero oro de ley que solo con cariño se compra; ese es el oro legítimo; ese sí que puede hacer la felicidad y no ese oro bajo y mercenario que en el terreno de las afecciones podrá comprar personas, pero que vale muy poco para comprar corazones. El hombre ó la mujer que se venden son tan despreciables, como necios el hombre ó la mujer que á fuerza de dinero pretenden comprar á su constante pareja.

LUCIANO. ¡Qué desastre, amigo Cervera, qué desastre!

CERVERA. Verdaderamente nos reímos de esas novelas y esos dramones que conceptuamos de inverosímiles, y cuántas veces viene la realidad á demostrar que hay en la vida novelas terribles, verdaderos crímenes morales mucho más dolorosos que esos otros.

LUCIANO. Otra copita.

CERVERA. Gracias. (*Beben*).

LUCIANO. Pues ya verás qué pena te produce ver el estado de esa pobre criatura.

CERVERA. No lo dudo, y sé que me ha de producir muy mal efecto el verla.—Mario es un amigo á quien quiero.—Pero la pobre Celia...—¡Quita, hombre, sería horroroso! (*Pausa*) Yo creo que aquí se mejorará, se podrá bien; esto es muy sano y muy indicado para el caso.

LUCIANO. Lo veo muy difícil.

CERVERA. No seamos pesimistas;—verás como esto pasa.

LUCIANO. Lo dudo, lo dudo.

(*Se oye la bocina de un automóvil*).

LUCIANO. ¿Quién viene ahí?

CERVERA. Parece gente alegre...—Dos mujeres de buen palmito y sus correspondientes escuderos. (*Pausa*). Miralas, ya están aquí.

ESCENA III.

NIKA, KETTI, CERVERA, LUCIANO, DESPUÉS VERDEROL
Y ANTONIO

NIKA. Ya estamos en Forét les Bais.

KETTI. ¡Qué velocidad tan deliciosa!... (*quitándose los velos*). (*Pausa*). ¿Dónde se han quedado esos?

NIKA. Se quedaron con el chauffeur arreglando aquel neumático.

CERVERA. ¿La conoces?

LUCIANO. ¿Nika?—¿La de Mario?

CERVERA. Sí.

NIKA. ¿Sabes lo que estoy pensando? Qué debíamos irnos por ahí, y figúrate el susto que se llevarían ese par de nenes cuando no nos encontrasen.

KETTI. Lo que es por mí poco me importa;—no va á ser esquinazo el que le voy á dar al mío en cuanto me vea en Madrid.

NIKA. Mayor será el que le daré yo al otro (*Pausa*). ¡Será agarrado el tío!—dieciocho mil francos perdió tontamente jugando en Niza, y en cambio no quiso comprarme un sombrero como aquel tuyo porque costaba seiscientos.—¡Oh, seiscientos francos! se arruinaría el pobrecito.

KETTI. Pues no se ha portado mal contigo.

NIKA. Total porque, hombres como ese los encuentro yo siempre que me de la gana, y no tan fachas y tan imbéciles.

KETTI. Madrid, Madrid.

NIKA. La jolie ville, como le llamaba el otro día aquel franchute gordo. (*Al dar una vuelta se fija en Luciano y Cervera*). ¡Qué fastidio!

KETTI. ¿Qué te pasa?

NIKA. Que allí hay un amigo de Mario que me conoce.

KETTI. ¿Supiste algo más de él?

NIKA. ¿Para qué?

KETTI. ¿No le quisiste?

NIKA. ¡Ay! hija, ¡ha querido una á tantos!...

KETTI. Sin embargo...

NIKA. (*Riendo*). ¡Quién se acuerda de esas cosas cara

á Madrid! (*Pausa*) Además que ya sabes mi teoría, teoría que es fruto de una larga experiencia: No hay que querer á Juan ni á Pedro, solo hay que querer al hombre; al hombre que es el eterno imbécil. La sustitución de uno por otro no es mas que un cambio de nombres.

KETTI. Eres de lo que no hay.

NIKA. Pero ¡cuánto tardan!

KETTI. (*Se dirige junto al foro para llamarles*) ¡Eh!...

LUCIANO. ¿Y esa escena la presenciastes tú?

CERVERA. Completa.

LUCIANO. ¡Lo que son las mujeres!

KETTI. (*Como llamando á Verderol y Gonzalito*) Vamos, señores.

NIKA. ¿Vienen?

KETTI. Ya están ahí.

GONZALITO. (*Entra con las manos llenas de grasa*) Mirad como me he puesto las manos.

NIKA. ¡Já, já, já.

(*Gonzalito hace ademán de pasarle á Ketti las manos por la cara y ésta le dá con la sombrilla*).

KETTI. Así, máncame si te parece, ¡qué gracioso!

VERDEROL. (*Entra detrás de Gonzalito*) ¡Í, ¡í.—Para rigoler, para rigoler (*avanza, y al llegar cerca la mesa da media vuelta deprisa*) ¡Demonio!

LUCIANO. (*Con extrañeza*) ¿Verderol?

CERVERA. Sí, Verderol.

LUCIANO. Verdaderamente, este mundo está lleno de casualidades.

NIKA. ¿Nos arreglásteis el coche?

GONZALITO. (*Haciendo una reverencia*) Sí, gran señora

NIKA. Gracias, señor (*se dirige á Ketti*).

(*Verderol, aparte con Gonzalito tirándole de la americana*).

VERDEROL. ¿Has visto quién está ahí?

GONZALITO. No me había fijado.

VERDEROL. ¿Nos habrán visto?

GONZALITO. No te quepa duda.

KETTI. ¿Nos quedaremos aquí?

VERDEROL. Es urgente que llegue á Madrid lo antes posible.

NIKA. Pues yo quiero quedarme.

VERDEROL. Imposible.

NIKA Y KETTI. (*á coro*) Quedémonos.

GONZALITO. ¡Qué más os da!

VERDEROL. Yo os prometo que en llegando á Madrid nos divertiremos más que aquí.

- NIKA. Siempre lo mismo; mucho prometer y poco cumplir.—Ea, precio á mi sacrificio.
- VERDEROL. Pide.
- NIKA. Un sombrero como el que tiene ésta.
- VERDEROL. Concedido, lo que quieras; pero continuaremos el viaje en cuanto comamos.
- NIKA. Lo ha prometido; sois testigos.
- GONZALITO. Soy testigo.
- KETTI. (*Aparte*). No he visto cosa igual.
- VERDEROL. El auto está arreglado y mandaremos recado para que nos espere en la puerta de la terrasse y así comemos, y andando.
- KETTI. Pues vámonos á la terrasse.
- NIKA. Vamos. (*Echa á andar delante*).
- CERVERA. (*Levantándose*). ¿Qué tal, Nika?
- NIKA. (*Alargándole la mano*). ¡Caballero!
- LUCIANO. (*Dando unas palmadas á Verderol*). Vamos, amiguito, parece que ya vamos sacando las uñas.
- VERDEROL. Una canita, sabe V., una canita.
- LUCIANO. Un mechón querrá V. decir (*con ironía*). ¡Qué diría de esto su mamá si le viera!
- CERVERA. ¿Me recuerda V?
- NIKA. (*Azorada*). Tengo una idea (*pausa*).—Acaso una tarde en casa de Mario... pero ¿hace mucho tiempo, verdad?
- CERVEKA. Poco más de un año.
- NIKA. ¿Nada más? (*con extrañeza*).
- CERVERA. Nada más.
- KETTI. Qué inoportunos.
- GONZALITO. Me parece que á ninguno de los dos les ha hecho gracia el encuentro.
- CERVERA. Pero comprendo; las cosas pasan ¿verdad?
- NIKA. ¡Uf! Desgraciadas de nosotras si no pasasen; ya lo dicen en esta tierra: Tout passe, tout casse, tout lasse et tout se remplace... (*Se coge del brazo de Verderol*) já, já, já.
- VERDEROL. Adiós, Cervera; adiós, Luciano.
- CERVERA. Adiós, hombre.
- LUCIANO. Adiós, adiós.
- NIKA. (*Empujándole*). Vamos, vamos (*volviéndose á los otros dos*) ¡eh!
- GONZALITO. Vamos.
- (*En este momento aparecen en el pabellón Celia y Sofía, que se detienen en lo alto de la escalera*).
- CERVERA. Esta es la vida.

LUCIANO. No, esta es otra cosa que no me atrevo á decir.
NIKA. (*Parándose y volviéndose á Verderol antes de desaparecer por el fondo*). ¿Pero vas á tener celos ahora? ¿Quién se acuerda ya de eso? já, já, já, (*vanse*).

ESCENA IV.

LUCIANO, CERVERA, CELIA Y SOFÍA

SOFÍA. Por fin te vemos, Luciano.—¡Cervera por aquí!

CERVERA. ¿Como está V., señora?—¿Qué tal Celia?

CELIA. Regular nada más; ya ve V., todo me cansa, enseguida me fatigo y ando siempre apoyada en mi madre, que la pobre tiene un martirio conmigo.

SOFÍA. ¡Jesús, qué locura!

LUCIANO. Anda, siéntate Celia.—Mira, allí tienes un sillón en donde estarás bien. (*Van á él y la sientan*) así, así... já, já.

CELIA. Gracias, tío.

LUCIANO. De nada, chiquilla, pues no faltaría más.

SOFÍA. Yo me sentaré aquí á tu lado (*pausa*). Luciano, me acercas la labor. (*Señalando una mesita en donde la dejó al ir á sentar á Celia*).

CERVERA. (*Adelantándose á cojerla*). Tome V., señora.

SOFÍA. Muchas gracias. (*Se sientan Cervera y Luciano á la izquierda*).

.

CELIA. ¿Han visto VV. qué bien acompañado iba ese niño modelo como dice mamá?

SOFÍA. No, hija, yo no apruebo esas cosas; pero al fin y al cabo en estas épocas eso es disculpable; los chicos jóvenes y solteros ya se sabe.

LUCIANO. Pues yo tenía entendido que eso solo lo hacían los calaveras y los perdidos.

CELIA. Eso por lo menos me ha dicho mamá en otras ocasiones.

CERVERA. El escándalo no debe perdonarse nunca.

LUCIANO. Pero ese perdón puede obtenerse con mucho dinero; para envolver líos no hay nada tan apropiado como el papel de banco.

.

SOFÍA. (*Molesta*). ¿Les sería á VV. lo mismo cambiar de conversación?

LUCIANO. Orillado, orillado.

CELIA. (*Aparte*). ¡Dios mío! (*Pausa*).

SOFÍA. ¡Y V., amigo Cervera, siempre con su afición á las excursiones!

CERVERA. Es mi ideal; nada hay más soberbio en este mundo que una salida de sol tras altos picos cubiertos de nieve.

LUCIANO. Para ver eso habrá que madrugar.

CERVERA. Claro.

LUCIANO. Pues estoy resignado á morirme sin ver es preciosidad de espectáculo. —Yo estoy muchoa mejor en blanda cama, y como en este mundo todo es cuestión de imaginación, al despertarme, en vez de abrir los ojos del todo, los abro poco á poco, y ese aumento progresivo de luz ese es el día que avanza; levanto las rodillas que cubiertas por blancas sábanas me hacen el efecto de esos nevados picachos, y cuando abro los ojos del todo el día para mí es un hecho y mi hermoso tazón de café con leche, redondo como el sol, y despidiendo calor por todas partes es el sol ideal, ese sol que está al alcance de mi mano y de mi boca que lo devora cual monstruo mitológico. — No hay pájaro que trine mejor que la camarera que barre el comedor cantando couplets, ni fauna que zumbe más monótona que una inglesa vieja que tengo de vecina, que se pasa la mañana leyendo salmos de la Biblia.

CERVERA. ¡Qué notable!

SOFÍA. Luciano no comprende estas cosas; su única preocupación y su mayor placer es vivir por vivir.

LUCIANO. Permíteme, Sofía, que lo niegue; no solo vivo por vivir, además estudio la vida para vivir mejor en ella. —¿Qué culpa tengo yo en pensar de manera distinta que Cervera, por ejemplo, que le encantan las excursiones y anda por esos montes con la lengua fuera, mientras yo, sentado á la sombra en una mecedora, me fumo un habano y me abanico con un pay-pay? ¿Que mientras él busca y rebusca en derruídos castillos el palillo de dientes de nuestro padre Adán ú otra anticualla cualquiera con que aumentar su colección de ladrillos rotos y trozos de hierro mohoso, á mí me complace comprar un objeto útil, moderno y

perfeccionado, buscando siempre la comodidad? El otro día mismo vino un anticuario ofreciéndome una pipa que tendría mucho mérito si queréis, pero que pesaba ¡cerca de dos kilos! y yo que tenía una muy ligera en mi mano, y que no fumaba por no levantar el brazo, sudada horrores solo de pensar lo que sufriría Felipe II, Nabucodonosor, Matusalén ó quien fuera el dueño de aquel artefacto si tenía que usarlo sin el auxilio de un mozo de cuerda.

CERVERA. Sí, cada cual tiene sus aficiones; á mí me encantan esos objetos y esos vetustos edificios que me hablan de generaciones pasadas, esa magnificencia de los viejos sepulcros cubiertos de escudos de rancios linajes que guardan las momias de linajudas estirpes.

LUCIANO. Pues ya ves, yo perdería la cabeza por buscar un momio; pero por una momia... ¡bah!

CELIA. Es inútil; contigo no se puede hablar en serio.

SOFÍA. ¿Cómo te encuentras?

CELIA. Igual, mamá (*pausa*).

CERVERA. ¿Y piensan VV. estar muchos días en Foret?

SOFÍA. Por mi gusto hasta que el frío nos echara de aquí.

CELIA. Ay, no, mamá.

LUCIANO. Si esto es lo que te conviene...

CERVERA. Claro,—pero si esto es muy distraído.

CELIA. (*Con ironía*) Sí, muy distraído, muy distraído. (*Los Tziganos preludian un kake-val*) (*Pausa*)

CERVERA. ¡Qué kake-val tan bonito!

LUCIANO. Sí.

SOFÍA. Vayan VV. á dar una vuelta por la terrasse; esta es la hora en que la gente vuelve del paseo y está muy animada;—ya me quedaré yo aquí con Celia.

CELIA. Sí, vayan VV.

LUCIANO. (*Levantándose*) ¿Five o klok? (*á Cervera*).

CERVERA. Bueno (*levantándose*).—Hasta luego (*vanse*).

SOFÍA. Hasta luego—(*Pausa*).

ESCENA V.

SOFÍA Y CELIA Y DESPUÉS CERVERA

CELIA. Ya estamos solas como siempre.—Un día más.

SOFÍA. Vamos, hijita, no empecemos.

CELIA. Es que estoy muy triste, mamá; esa música tan

alegre me hace daño, la gente me molesta;—todo lo veo rodeado de esa nube de tristeza.

SOFÍA.

Pues por lo mismo debes de sobreponerte; estás delicada y por esto te encuentras decaída; pero eso no es nada; eso pasa... ya verás como esta temporada en Foret te sentará bien; luego te responderás, verás las cosas bajo otro prisma, volverás á estar alegre y te divertirás. Yo te prometo un abono al Real, trajes, sombreros, lo que quieras... todo lo que quieras.

CELIA.

Es inútil (*Pausa*).

SOFÍA.

Inútil, ¿por qué?—Eres joven y tienes derecho á ser feliz.

CELIA.

(*Con ironía*). ¡Feliz!

SOFÍA.

Sí, feliz, muy feliz, pues no faltaba más (*pausa*).

CELIA.

Me temo que tus esperanzas serán una equivocación.

SOFÍA.

Nunca se equivoca una cuando piensa bien las cosas, cuando se ve lo natural, lo lógico.

CELIA.

No, mamá, muchas veces cuanto más se piensan las cosas más se equivoca una; no sé si es peor defecto el obrar espontáneamente y sin pensar, ó el pensar que se puede una equivocar, pues se dan casos en que la equivocación está en ese mis-pensar que puede una equivocarse. — Si siguiera una siempre los consejos que su corazón le dicta, si fuera una siempre espontánea en sus actos, al fallar éstos no quedaría más remordimiento que el de haberse equivocado y esto sería terrible, lo comprendo, pero más terrible es todavía el pensar que contrarió una sus sentimientos, y qué pudo haberse equivocado por el mero hecho de contrariarlos; esa sí que es la más imperdonable de las equivocaciones.

SOFÍA.

Celia, no me hables así.

CELIA.

No,—no me comprendes; yo no recrimino á nadie; de tener la culpa alguien la tendría únicamente yo.—Los hombres son muy parecidos por no decir iguales; la prueba de ello la has podido ver no hace mucho rato; pero los hombres los hacen también las circunstancias y el ambiente en que viven; cambia éste y cambia el hombre (*tose*) (*pausa*). No hace todavía mucho días en un libro que por casualidad llegó á mis manos, leí un pensamiento que tal vez no estuviera muy lejos de la realidad. El hombre, decía, no es más que

un potro y en el tacto de la mujer que lo doma está la felicidad de los dos.

En la sociedad en que vivimos, donde la farsa y la hipocresía imperan, la suerte de la mujer está en descubrir un carácter y un fondo bueno; no es la ma'dad que flota y sale á la superficie la peligrosa; esa se quita con facilidad, y el fondo se transparenta—la peligrosa es aquella que pesa, la que se queda en el fondo—la que no se vé.—No es el amor una lucha entre el hombre y la mujer en la que vence el que más puede, como vulgarmente se cree; el amor es otra cosa muy distinta; es la regeneración del hombre por la mujer (*tose*).

SOFÍA. (*Con cariño*). Celia... (*Celia se echa á llorar*).
Hija mía.

CELIA. Déjame que llore, mamá; es lo único que me alivia.

SOFÍA. No te pongas así—ya sabes tú lo muchísimo que te quiero y lo que sufro.—Si yo estoy dispuesta á darte gusto en todo, sabes, en todo.

CELIA. Hay cosas que ya no tienen remedio.

SOFÍA. ¡Pues no lo han de tener, hijita!—Vamos, (*se acerca y la besa*) no quiero verte así; te afectas enseguida por cualquier cosa;—ésta es la última tarde que nos quedamos aquí solas; desde mañana nos sentaremos en la terrasse en un rinconcito, allí tomaremos el the y estarás más distraída (*pausa*). ¿Te encuentras peor?

CELIA. No, mamá.

SOFÍA. Pues anda, ánimo, vamos allí á buscar á tu tío que él nos acompañará hasta el Hotel, y así de paso haces un poco de ejercicio.

CELIA. Esperémosle aquí.

SOFÍA. Y como es así, se le ocurre tardar, y este relente ya no te conviene. (*Entra Cervera*).

ESCENA VI.

SOFÍA, CELIA Y CERVERA

CERVERA. ¿Como está la enfermita?

CELIA. Me encuentro mejor, gracias.

SOFÍA. ¿No le parece, Cervera, que á esta criatura le conviene andar un poco y dar una vuelta por la terrasse.

CERVERA. Es indudable.

SOFÍA. ¡Lo ves!

CELIA. (*Haciendo un esfuerzo se levanta*). Vamos. ¿Está allí tío Luciano?

CERVERA. Sí, se quedó probando su suerte en los caballitos, y yo venía á esperar el correo.

SOFÍA. Pues así, hasta luego.

CELIA. Adiós. (*Vanse despacio, apoyándose Celia en su madre*).

ESCENA VII.

CERVERA SOLO

CERVERA. ¡Pobrecilla! (*Se oye la bocina del automóvil que se aleja*). (*Pausa*). Ya se van esos.—Vayan benditos de Dios.—¡Qué contrastes!—¡Qué mundo éste! Celia, la víctima inocente, y Nika la eterna historia.—Nika, Nika, ¡pobre Mario! ¡qué poca diferencia entre el que se muere y el que se ausenta! Esta es la vida: ilusiones, solo ilusiones, ilusiones que unas veces matan y otras se resueven en farsa y mentira, que son el compendio de la gloria y de los entusiasmos humanos. El que cree que vive una vida verdad es un iluso, porque en esta sociedad la verdad es mentira y la mentira la única verdad que triunfa, que se impone y cubre con manto de falso relumbrón las descarnadas miserias de eso que llaman la moral. Es desgraciado el que muere, porque ve desaparecer en un momento cuantos ilusiones forjase: pero más desgraciado es el que vive, porque está sujeto al martirio de verlas desaparecer lentamente y una á una con el tiempo que va pasando, sin dejar tras de sí otra huella que esa amargura especial tan difícil de explicar y tan fácil de sentir (*Pausa*). ¡Bah! no pensemos esas cosas, demasiado horribles para no olvidarlas y demasiado reales para no sentirlas. (*Se oyen unos cascabeles y Cervera se vuelve mirando al fondo y á la derecha*).—Ya llegaron los coches. Gente nueva. Todos los días lo mismo; gente sana que tras el placer recorre estos deliciosos parajes perdiendo en orgías y diversiones el tesoro de la salud, y gente enferma que viene con la ilusión de recobrarla. Lo de siempre, lo de siempre.—Pero... ¿es posible? ¡Mario, Mario! (*Entra Mario*).

ESCENA VIII.

CERVERA Y MARIO

MARIO. *(Abrazándole)*. Pero ¿tú aquí también?

CERVERA. ¡Pero!...

MARIO. Ya lo ves, llegué á Madrid y me dijeron habías salido para el Norte con algunos amigos; busqué á Celia, la busqué, sí, para echarme á sus piés y pedirle perdón por todas mis locuras; pero me dijeron que Celia estaba delicada y la habían traído á este Balneario y me faltó tiempo para coger el tren, pasar la frontera y venir aquí, aquí que es donde espero encontrar consuelo á tanta desdicha, regenerarme y ser feliz; feliz, porque he sufrido mucho y tengo derecho á ello.—Es inútil, no puedo olvidarla; tenías tú razón; pero no supe hacerte caso, fuí un loco, y soy un enfermo que quiere curarse y llega sediento en busca de la fuente que tiene que devolverle la vida.

CERVERA. ¡Pobre amigo mío!

MARIO. Pero ¿está muy mal?

CERVERA. Para qué engañarte; muy mal, sí.

MARIO. ¡Oh! no, no es posible; ¿dónde está? quiero verla.

CERVERA. Tranquilízate y ten calma.

MARIO. ¡Oh! no, no puedo.

CERVERA. Ten paciencia y deja que yo prepare el terreno; esas emociones fuertes pueden perjudicarla.

MARIO. ¿Me quiere todavía?

CERVERA. ¡Quién lo duda! *(Por la izquierda sale Sofía y Celia del brazo de Luciano)*.

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y LUCIANO, SOFÍA Y CELIA

LUCIANO. Así, así, despacito.

CERVERA. Ya no hay remedio. *(Aparte)*.

MARIO. *(Da un paso hacia ella y al verla se queda firme y abatido)*. ¡Celia! perdón.

CELIA. ¡Mario! Mario, sí. *(Tose)*. Sentarme... no puedo... *(La sientan)*.

SOFÍA. *(Aparte)*. ¡Ma'dito encuentro!

CELIA. Perdón, sí, sí; perdonémonos mutuamente el daño que nos hicimos; yo fuí el origen.

MARIO. Fuí un loco.

SOFÍA. Hijita, por Dios.

LUCIANO. No seas niña.

CELIA. No, mamá; ¿no veis? si estoy mejor (*tose*), mucho mejor. (*Coge una mano de Mario*). Dejádme que estreche esta mano. ¡Si viérais qué feliz soy! ¡Gracias, Dios mío, por fin me has oído!

MARIO. ¡Celia!

CELIA. Te quiero, Mario; nos hicimos desgraciados los dos; pero si me muriera tú no me olvidarías nunca ¿verdad?... ¡Ay!... (*tose*).

(*Suena la orquesta de Tziganos que preludia el vals del primer acto*).—(*Pausa*).

¿Oyes, Mario?—¿Te acuerdas? Este vals que me hacía sentir, este vals que al escucharlo me traía tu recuerdo, ha evocado durante toda esta época mi desgracia.

Yo me equivoqué al negarte mi cariño.—Te quería con toda mi alma, ahora lo comprendo; pero tú también has sido torpe; no has vuelto por él hasta ahora (*pausa*), y ahora ya lo ves, Mario; ahora ya es tarde (*se echa á llorar con desconsuelo*).

LUCIANO. Pobre niña, todo esto era inevitable.

(*Telón lento*)

CERVERA. No, Luciano, todo esto no era inevitable; nos empeñamos en creer en el destino, y no queremos convencernos de que lo inevitable nos lo hacemos nosotros mismos.

Fin del 3.^{er} acto



